

Formar parte del jurado del XIII Premio de Artes Plásticas *La Rural* ha sido un honor.

Si ser jurado de un certamen artístico siempre es una oportunidad única de aprendizaje colectivo y de puesta en común, en esta ocasión la experiencia se ha visto afectada por el contexto de incertidumbre que hemos vivido estos meses, motivada por la crisis sanitaria que padecemos la humanidad. Por eso, me gustaría empezar destacando la profesionalidad y el buen hacer de la Fundación Caja Rural de Jaén, que en condiciones muy adversas no ha dudado en seguir ayudando a los artistas cuando más lo necesitaban.

El procedimiento de selección se ha llevado a cabo con rigor y no ha resultado sencillo elegir los dos premios y las trece ayudas. Las obras presentadas, con diversas actitudes y aproximaciones a la creación, exhiben un altísimo nivel, y las escogidas para la exposición trazan en su conjunto un certero panorama de los múltiples intereses, formales y conceptuales, de los artistas de hoy.

La tarea de evaluación costó de dos etapas: la primera, de clasificación y trabajo individual por cada miembro del jurado; y la segunda, de debate y puesta en común para decidir los premios. Elegir a los ganadores no era una misión sencilla. Había distintas opciones y nuestro objetivo era otorgar los premios por unanimidad. Para lograrlo, se valoraron minuciosamente distintos criterios: calidad, trayectoria, contemporaneidad e idoneidad de la pieza en el conjunto de la colección, entre otros factores.

Finalmente, seleccionamos dos excelentes obras que formarán parte de la colección de la Fundación Caja Rural de Jaén. El primer premio se concedió a *Tirada de dos cartas. 25 junio (2017)*, de la artista granadina Marina Vargas. Elaborado de manera exquisita con pintura de esmalte plateada sobre papel negro, este diptico es muy representativo de las motivaciones de la artista. Marina Vargas es sin duda una de las creadoras más sobresalientes de su generación y su trabajo, formalizado en escultura, pintura y dibujo, manifiesta una prodigiosa madurez. Su célebre serie de estatuaria monumental: *La Piedad invertida*, da fe de ello. Toda su práctica parte de una concienzuda investigación sobre la historia de los ritos y la simbología intercultural, que posteriormente destila en piezas muy cuidadas que, por su tono universal, sintonizan con personas de distintas tradiciones.

El segundo premio ha sido otorgado a la pintura *Lo que queda*, de Simón Arrebola. Se trata de uno de los mejores óleos sobre tabla del pintor sevillano. El artista ha destacado en los últimos años por ser poseedor de un universo pictórico propio. Partiendo de la memoria personal, Arrebola se sumerge en la lava de las emociones para después enfriar ese material candente en geométricas escenas filtradas por la lógica. La suya es una obra a *la antigua*, con ecos medievalistas, surrealistas, metafísicos... (Remedios Varo, El Bosco o Guillermo Pérez Villalta resuenan entre sus múltiples influencias), que, a su vez, luce con exultante frescura y contemporaneidad.

Al contemplar las piezas elegidas de estos dos artistas andaluces, que ya forman parte de la colección de la Fundación Caja Rural de Jaén, he recordado unas palabras de John Berger, que adjudicaba a ciertos cuadros capacidades proféticas. En tiempos oscuros y difíciles como los que nos ha tocado vivir, quizá estas dos obras tienen en común *guardar una profecía* que solo podrá ser desvelada en tiempos venideros. Les invito a mirarlas atentamente. Si el arte construye *imágenes-antena*, intuyo que estas dos pinturas... son oraculares.

SUSANA BLAS BRUNF

*Jurado*